

RESEÑA

Ramón J. Sender, *Míster Witt en el Cantón*, prólogo de José Domingo Dueñas Lorente, edición de Alfonso Castán, Zaragoza, Contraseña, 2020, 382 páginas.

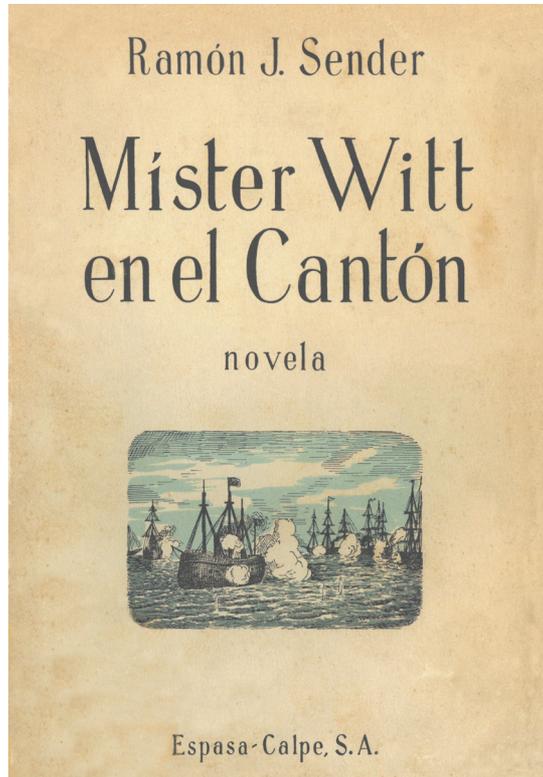
Donatella PINI*
Università di Padova

Escribir una novela histórica supone pensar el pasado a partir de las analogías que tiene con el presente. Y si quien escribe es un novelista vigoroso, a la vez que un hombre de acción políticamente comprometido y fuertemente motivado para interpretar las aspiraciones de cambio que agitan su entorno social, la narración del pasado se convierte en sus manos en un poderoso instrumento de indagación del presente con la vista (y el temor, ¿por qué no?) apuntando hacia el futuro.

Este corte es el rasgo que más caracteriza *Míster Witt en el Cantón*, brillante novela ganadora del Premio Nacional de Narrativa en 1935 y publicada en 1936, en la cual Ramón J. Sender, al explorar el laberinto de la sublevación cantonal de Cartagena (1873), discierne sobrantes motivos para reflexionar sobre la bulliciosa contingencia en la que se está fraguando la Guerra Civil en el tiempo de la escritura, de modo que la narración del fracaso al que llevó la conflictividad que marcó la Primera República tiene el sabor del presagio del fracaso en que se hundiría al poco tiempo la Segunda República.

Por ese carácter penetrante, que confiere al libro la calidad de obra maestra, ha sido muy acertada la iniciativa de la editorial Contraseña de publicar esta novela en una impecable edición de Alfonso Castán precedida por un enjundioso prólogo de José Domingo Dueñas y clausurada en apéndice por el que antepuso Sender a la segunda edición, de 1968.

* donatella.pini@unipd.it



Cubierta de la primera edición de la novela, publicada en 1936.

Si era fidedigna o no la afirmación del autor de que había escrito *Mister Witt en el Cantón* en solo veintitrés días no lo sabemos a ciencia cierta; de hecho, el libro tiene una estructura muy densa, sin la menor dispersión y al mismo tiempo sin esquematismo, de la que se desprende una enorme energía. Pero José Domingo Dueñas, de acuerdo con José María Jover, mantiene que, si la redacción fue posible tan breve como afirmó el autor, su gestación debió de ocupar un tiempo sensiblemente más largo a causa de la compleja elaboración historiográfica y psicológica y de la intención, formulada tal vez con bastante anterioridad —como en todo trabajo literario—, de estudiar la sublevación cantonal como anticipadora del tema que más apremiaba a Sender a la altura de 1935: el tema de la revolución.

José Domingo Dueñas proporciona en su prólogo detalles nuevos sobre el concurso literario y, al explicar en qué consistió la experiencia cantonalista incluso más allá de lo que escribe Sender, ayuda mucho al lector de hoy a enfocar la particular selección de los hechos realizada por el escritor aragonés a partir de sus fuentes (fundamental entre ellas *El Cantón Murciano*, de Antonio Puig Campillo) y de su personal inclinación. En efecto, se percibe en el libro ese punto de vista ecléctico que

muchos han subrayado —y criticado— en el pensamiento de Sender de esa época, a la altura de 1935, cuando compatibilizaba la teoría federativa del municipio libre procedente de su anarquismo originario con la teoría marxista del materialismo dialéctico, una postura en todo caso revolucionaria que hizo que la victoria franquista, que llegaría pronto, le valiera al libro la inmediata proscripción. Esta vicisitud se invirtió felizmente cuando, al aproximarse la democracia, la segunda edición tuvo un éxito fenomenal, destino significativo para una novela que de esta manera marcó el anuncio y el declive de la dictadura y que, habiendo precedido en dos años al exilio de Sender, habría podido anticipar también su vuelta a España en el marco de la *operación retorno* que se organizó a favor de los intelectuales exiliados. Pero él, después de pensarlo mucho y de exigir que se levantara la censura de muchos libros suyos, decidió no volver de forma definitiva.

Míster Witt en el Cantón es una novela histórica que no pretende separarse del canon clásico; antes bien, explota a fondo los recursos fundamentales del género, entre ellos la caracterización gradual de lugares y situaciones, que abre espacio a progresivas descripciones ya de interiores (formidable la del despacho de míster Witt), ya de exteriores como la ciudad, con su plaza y sus marinas casi filtradas a través de grabados del XVIII y el XIX y de imágenes de inspiración goyesca (maja deseable, tendida entre las sábanas, desastres de la guerra, fusilamiento), nunca gratuitos, sino siempre funcionales, destinados a profundizar, a través de la estética, en la densidad emotiva de vicisitudes, circunstancias y caracteres. De manera sutil, la perspectiva individual de los personajes se plasma poco a poco y se articula con el fondo colectivo; en particular es la figura titular la gran invención que permite seguir la evolución de los acontecimientos a través de los prismáticos del ingeniero inglés como en largos movimientos de cámara, prolongando ante el lector esa imagen sugestiva y singular de España que nos transmitió la cultura literaria y figurativa de la Ilustración y el Romanticismo. A su lado, la seductora figura de Milagritos, esposa fiel pero independiente, que se aleja cada vez más como imantada por la vitalidad que rezuma el —según míster Witt— indiscreto encanto de la revolución. Una arrolladora coralidad, expresión natural de la adhesión popular al Cantón, irradian por todas partes (romances, cartageneras, trovos...), mientras la bruja —personaje recurrente en Sender, representado aquí por la tía Olesana— hace mella en las fibras profundas de la pequeña comunidad.

A míster Witt no le falta información amplia sobre los hechos, según revelan sus conversaciones con el cónsul inglés y el corresponsal de *The Times*; de ellas se deduce, además, el prestigio del que goza entre los miembros de la colonia británica de Cartagena. Pero su actitud más frecuente es la observación silenciosa desde su despacho, y, como buen inglés victoriano subliminalmente impregnado de mentalidad colonialista, tiene una inquebrantable sensación de dominio sobre los españoles. El racionalismo del que cree poseer el monopolio, frente a la pasión con que su esposa emprende la ayuda a los rebeldes, refuerza en míster Witt la convicción de su propia superioridad y a menudo lo lleva a considerar a todos los españoles que

participan en el fervor revolucionario del Cantón seres instintivos, primitivos y hasta animalescos. De ahí también las notas de humor que se desprenden de numerosas situaciones en las que a él se le escapa la curiosa visión que, en cambio, la gente sencilla tiene de su aplomo. Esto se nota ya a partir de las primeras páginas:

En su facha exterior había rigidez, sobriedad, una seriedad infinita que a los cartageneros les parecía a veces tristeza.

—¡Qué tío *senizo!* —solían decir tiempos atrás. (p. 56)

Y se multiplica, gracias al contraste lingüístico, en la contraposición con el entorno murciano, donde se le conoce con el ridículo nombre de *míster Güü*. Por ejemplo, cuando habla con el encuadernador que le ha impreso un pajarito de purpurina en la cubierta de un libro se queja de que es un adorno demasiado recargado, ajeno a su sobriedad, pero el artesano reivindica la maestría de su obra:

—*Hase* muy curro, el pajarito.

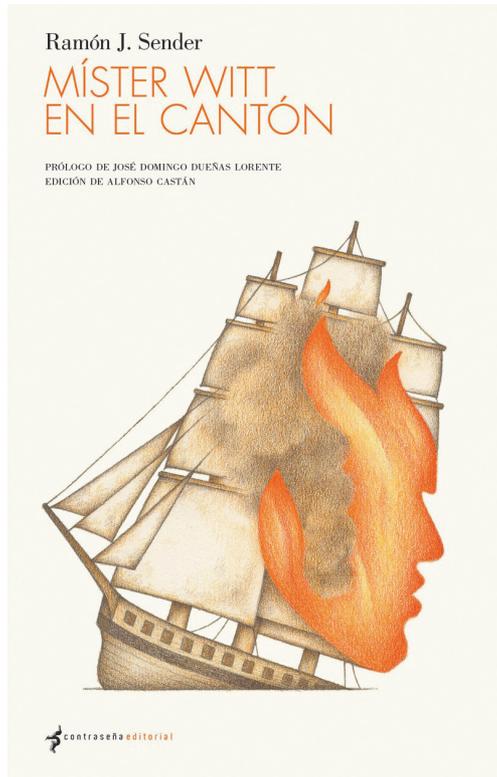
[...]

—¡Muy *curo*, muy *curo!*

Míster Witt solía trabucar las erres. Cuando era doble la pronunciaba sencilla. Y a la inversa. Así llamaba al jefe del Gobierno republicano *Salmerrón*, poniendo una gran fe en la última sílaba. El nombre del jefe republicano parecía en sus labios el de un terrible pirata. Doña Milagritos Rueda, su mujer, no le corregía ya nunca la pronunciación, aburrida después de tantos años. (p. 57)

Muy acertado es el efecto de naturalidad que surge de la manera oblicua en que Sender la emprende desde las primeras páginas con su personaje, perplejo ante los primeros síntomas de una crisis cuyo agravamiento se encargará de pormenorizar la fabulación al mismo tiempo que su acostumbrada seguridad empieza a agrietarse al adueñarse de él una molesta sensación de vejez que le hace percibir una amenazante pérdida de terreno frente a su esposa, veintidós años más joven que él. La inmovilidad en que está sumido mientras observa el ambiente cartagenero desde su balcón contrasta cada vez más con la agitación popular a la que asiste y con la que ve a Milagritos identificarse con convicción colaborando con la misión humanitaria de la Cruz Roja en el barco Buenaventura. Su proverbial lucidez, que al principio le hacía ver de manera equilibrada los defectos y los méritos de los jefes de la insurrección, poco a poco deja espacio a un definitivo desconcierto al paso que, frente al alboroto político y emotivo que se adueña de su entorno, asoman en su inconsciente una serie de impulsos contradictorios que no consiguen dominar y que acabarán definiéndose progresivamente como puros celos.

Mediante una hábil fusión entre narración histórica y análisis psicológico, Sender muestra en la carne viva del ingeniero inglés —carne no tan robusta como la que se percibe en los héroes cantonalistas Antonete Gálvez y Colau— cuán profundamente el inconsciente erótico individual está imbricado con el de las masas (esto declara el mismo Sender cuando es entrevistado en 1970 por Marcelino Peñuelas). Desde su balcón, secundado por la soledad, míster Witt vuelve con la memoria a un episodio siniestro de cinco años antes y enfoca por primera vez su propia culpabilidad



Cubierta de la edición de 2020.

en un acto fallido que no había querido aclarar ni consigo mismo. Habría podido exigir en nombre del consulado inglés el aplazamiento de la ejecución del joven poeta republicano Froilán Carvajal, amado años atrás por Milagritos, hasta que llegara el indulto del Gobierno; de este modo habría podido salvarle la vida, pero vaciló (nuevo san Pedro), se retrasó en el camino y no evitó que se aplazara el fusilamiento:

Míster Witt pensó:

—Pudo haber llegado el indulto a tiempo.

Y añadió después de una larga pausa:

—Bastaba con que yo no hubiera tirado de las riendas al caballo.

Una idea rondaba alrededor de la conciencia de míster Witt: «Soy un canalla»; pero míster Witt no la dejó entrar porque sabía demasiado que el hombre que se desdén a sí mismo inicia la pendiente de la catástrofe. (p. 193)

Cada pliegue de este libro demuestra lo que Dueñas acertadamente define como «la temprana madurez» de Sender, que a la altura de 1935 tenía una experiencia breve pero intensa como escritor comprometido, desarrollada a través de experimentos exitosos de indagación tanto en la dinámica social y política (*Imán*, *Siete domingos rojos*, *Viaje a la aldea del crimen*, *La noche de las cien cabezas*) como en la psicología (*El Verbo se hizo*

sexo), gestados todos en el periodismo de izquierdas. Es indudable el conocimiento material de las condiciones de trabajo, de las diferencias sociales, de la pobreza extrema de los parados, de un sistema político que se desentiende de los humildes. De ahí salen, como acuñadas por un infatigable cincel, medallas conmovedoras como la muerte de Cristobaliyo, el niño huérfano adoptado colectivamente por la comunidad cartagenera, o la del aljecero que se desploma sobre el empedrado y está a punto de ser arrastrado al cementerio por el carro de la limpieza. El horror del fusilamiento de Froilán prolonga la crónica que Sender, escandalizado por la pena de muerte, realizó en 1924 sobre la ejecución de los autores del llamado *crimen del expreso de Andalucía*. El hambre de los últimos que se mueren desfallecidos por las calles durante el asedio de Cartagena evoca el hambre de los campesinos de Casas Viejas que Sender denunció a voz en grito en el reportaje de 1933. El penoso desgajamiento de los vínculos familiares que aquí atormenta al Calnegre, recién salido de la cárcel, recuerda el que Sender notó en 1926 en los pobres excarcelados de Osa de la Vega. Todos estos temas están destinados a reactivarse en obras senderianas del destierro como *El lugar de un hombre*, *Réquiem por un campesino español* o *El verdugo afable* y en esta novela componen un abigarrado fresco que deriva en una narración que me atrevo a calificar de épica.

Sender creía firmemente en su misión de escritor capaz de interpretar el espíritu del pueblo. Lo declara de manera abierta en «El novelista y las masas», un artículo que publicó en la revista *Leviatán* de mayo de 1936 (nuestra novela «se acabó de imprimir» el 9 de abril) donde formulaba una teoría —no muy distante de la dicotomía entre *la maschera* e *il volto* propuesta por Pirandello— que había plasmado ya en *La noche de las cien cabezas* y que aborda en *Míster Witt en el Cantón* con un arranque profundamente vitalista: la antinomia entre *la persona* (valor negativo, estéril, expresión del individualismo) y *el hombre* (valor positivo, fecundo, expresión de lo colectivo). Es inmediato reconocer en el primer extremo a míster Witt, con su vejez incipiente; en el segundo incluiríamos a Milagritos, a Froilán, a los jefes de la sublevación cantonal, percibidos todos por míster Witt como dotados de una naturalidad, una fuerza vital, una *humanidad* que en él están menguando. Simbólico a todas luces es el hecho de que la pareja formada por Witt y Milagritos esté representada como una pareja estéril a la que solo al final, después del hundimiento del sueño cantonal, la mujer tratará de salvar con el propósito de tener un hijo. Y revelador es el gesto con que míster Witt, exasperado por el activismo de Milagritos al lado de los federales, arroja al suelo la urna de cristal que contiene la venda manchada con la sangre del poeta fusilado. Sender maneja con gran pericia el símbolo, el lapsus, el *leitmotiv*, lo mismo que la elipsis final por la que se vislumbra una posible implicación de míster Witt en el sabotaje que causa el incendio de la fragata Tetuán. Las llamas que se levantan desde el barco e invaden la bahía en sinestésica unión con el fragor del cañoneo tienen un impacto poderoso, de gran significación, pues simbolizan el poder destructor de los impulsos que desencadenan la traición (otro tema destinado a un gran desarrollo en las obras posteriores de Sender) y hacen presentir el peso que la no intervención británica tendrá en el hundimiento de la Segunda República.